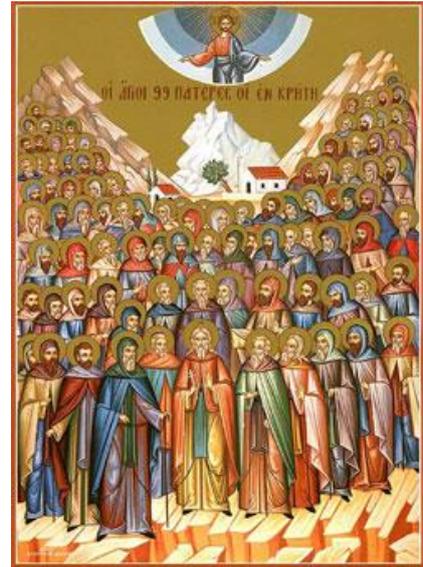


la santidad, nuestro destino



Con motivo de la próxima solemnidad de Todos los Santos, que celebraremos el próximo 1 de noviembre, deseo compartir con vosotros y vosotras algunas reflexiones sobre la santidad; pretenden ser únicamente un estímulo para que, quienes formamos la diócesis de Tánger, compartiendo un mismo bautismo, y sostenidos por una fe, una esperanza y una caridad comunes, *con andar apresurado, con paso ligero, sin que tropiecen nuestros pies, seguros, gozosos y alegres, marchemos con prudencia por el camino de la felicidad* (cf. Sta. Clara de asís, II Carta a santa Inés de Praga).

Como nos recuerda el concilio Vaticano II, todos, los bautizados sin excepción, estamos llamados a la santidad (cf. LG 40,41). Cada santo y santa, canonizado no es sino una palabra particular que Dios dice a la Iglesia y a la humanidad para alentar el camino de cada cristiano por la senda apasionante de la fidelidad al Evangelio. Cada uno de ellos aunque inflamado por el ejemplo de los demás (Agustín de Hipona, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Carlos de Foucauld...), un día tuvo que dejar de imitar, para trazar su propio camino, que será único; ésta es también nuestra tarea y misión.

Los santos tienen la capacidad de atraer, de despertar el interés y el deseo con el testimonio de su existencia; su vida es fascinante, capaz de generar el deseo de una vida plena en quienes se dejan alcanzar por su ejemplo. Pero, ¿qué es lo que realmente atrae en la vida de los santos? A esta pregunta se puede responder con firmeza: lo que atrae de los santos es la percepción de una vida humana bella y plenamente cumplida. En la vida de los santos se percibe inmediatamente la expansión del potencial humano a través del amor de Dios, son los testigos que hacen visible y tangible el poder de la gracia de Dios que realiza plenamente las aspiraciones del ser humano; los santos son concreción de la persona viva, plenamente viva, que es *“la gloria de Dios”*, según la famosa frase de s. Ireneo de Lyon.

Es precisamente la obra que el amor de Dios hace en el hombre y la mujer lo que atrae, porque en esta obra reconocemos la verdad y la belleza que buscamos e intuimos se corresponde con lo que nuestro corazón siempre ha deseado. Lo que atrae de los Santos es su ser *“figura completa”*.

La contemporaneidad de un santo no procede tanto de la proximidad cronológica, cuanto del hecho de ser una figura completa, rica en pasión humana y cristiana, deseo sobrenatural, hambre de justicia, amor de Dios y solidaridad con todos los hermanos. Lo que atrae de los santos y las santas, haciéndolos contemporáneos a cada hombre y mujer, en cada época, es haber asumido plenamente la forma de Cristo, haberse asimilado a Él, por completo, vinculando la propia voluntad a la del Padre, pudiendo decir con verdad, *“ya no vivo yo, sino Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20).

Para los Santos Padres, especialmente a partir del siglo IV, los “santos” constituyen esencialmente dos grupos:

- en primer lugar, la comunidad de los redimidos que habita en la Jerusalén celeste, la sociedad feliz de los que gozan de la visión eterna de Dios en la vida escatológica futura;
- en segundo lugar, están todos aquellos que comulgan del bien supremo que es Dios mismo y forman entre sí, parafraseando a san Agustín, una sociedad santa, la ciudad de Dios, su templo construido de piedras vivas: los *“que pisan la tierra con el cuerpo, pero viven con el corazón en el cielo”* (Sermón 53).

Hoy entendemos claramente que el horizonte de la santidad se corresponde con el nuestro: el santo es una persona bautizada en quien se restaura la imagen divina nublada por el pecado y a quien Dios estimula y sostiene hacia la plena recuperación de la semejanza divina.

La *sanctitas*, para los antiguos autores cristianos, particularmente para s. Agustín, a quien sigue en esto el magisterio eclesial posterior, es ante todo amor; para él, los santos no son los “puros” de los que se jacta la iglesia donatista, sino los humildes que se reconocen pecadores, que se abandonan con confianza en Dios, que le suplican perdón y ayuda para encaminarse por el camino del bien y conformarse a su imagen imitando su santidad..., es decir, potencialmente todos los bautizados y bautizadas.

Para la tradición cristiana el prototipo de toda santidad es, sin duda alguna, el Señor Jesús, quien, en la entrega de su vida en la cruz, es la primicia de los mártires; en la condición escogida para sí mismo y para sus discípulos, es modelo de vírgenes; es modelo para todos con su vida dirigida al cumplimiento de la voluntad del Padre: *“¿Qué valor había de darse a esa muerte sino la muerte del Santo de los Santos? Cristo se hizo semilla y la Iglesia brotó»* (S. Agustín, sermón 335).

el pasado 6 de Octubre, hablando a los participantes en el *Convenio sobre la "Santidad hoy"*, desarrollado en Roma, el Papa Francisco, dijo: *"La santidad brota de la vida concreta de las comunidades cristianas. Los santos no provienen de un "mundo paralelo", son creyentes que pertenecen al pueblo fiel de Dios y que están insertados en la cotidianidad, compuesta por la familia, el estudio, el trabajo, la vida social, económica y política. En todos estos contextos, el santo o la santa camina y obra sin temores o trabas, cumpliendo en cada circunstancia la voluntad de Dios.*

Es importante que cada Iglesia particular esté atenta a recibir y valorar los ejemplos de vida cristiana madurados dentro del pueblo de Dios, que desde siempre ha tenido un particular "olfato" para reconocer estos modelos de santidad, testimonios extraordinarios del Evangelio. Por tanto, es necesario tener en justa consideración el consenso de la gente en torno a estas figuras cristianamente ejemplares. De hecho, los fieles están dotados, por gracia divina, de una innegable percepción espiritual para identificar y reconocer en la existencia concreta de algunos bautizados la vivencia heroica de las virtudes cristianas. La fama sanctitatis no proviene en primer lugar de la jerarquía, sino de los fieles. Es el pueblo de Dios, en sus diferentes componentes, el protagonista de la fama sanctitatis, es decir, de la opinión común y difundida entre los fieles acerca de la integridad de vida de una persona, percibida como testigo de Cristo y de las bienaventuranzas evangélicas".

No son los santos los que son siempre actuales, es Cristo el siempre actual, Cristo de cuyo rostro ellos y ellas son la representación viva, continuamente y creativamente ofrecida al mundo. La perenne actualidad de los santos no es otra cosa que el don de poder mostrar al mundo, con la propia vida, a Aquel que es contemporáneo de todo hombre, en todos los tiempos: ¡Cristo, Señor de la vida!

¡Os deseo una gozosa celebración en la solemnidad de Todos los Santos! Nuestra oración se dirija también a Dios, nuestro Padre, pidiendo que los frutos de la redención obrada por Jesucristo, alcancen a todos nuestros hermanos y hermanas que han recibido ya el abrazo de quien es, en palabras de san Francisco de Asís, *"la hermana, la muerte corporal"*,

A handwritten signature in black ink, written in a cursive style. The signature appears to be 'Francisco de Asís' with a long horizontal line underneath it.

Administrador apostólico de Tánger